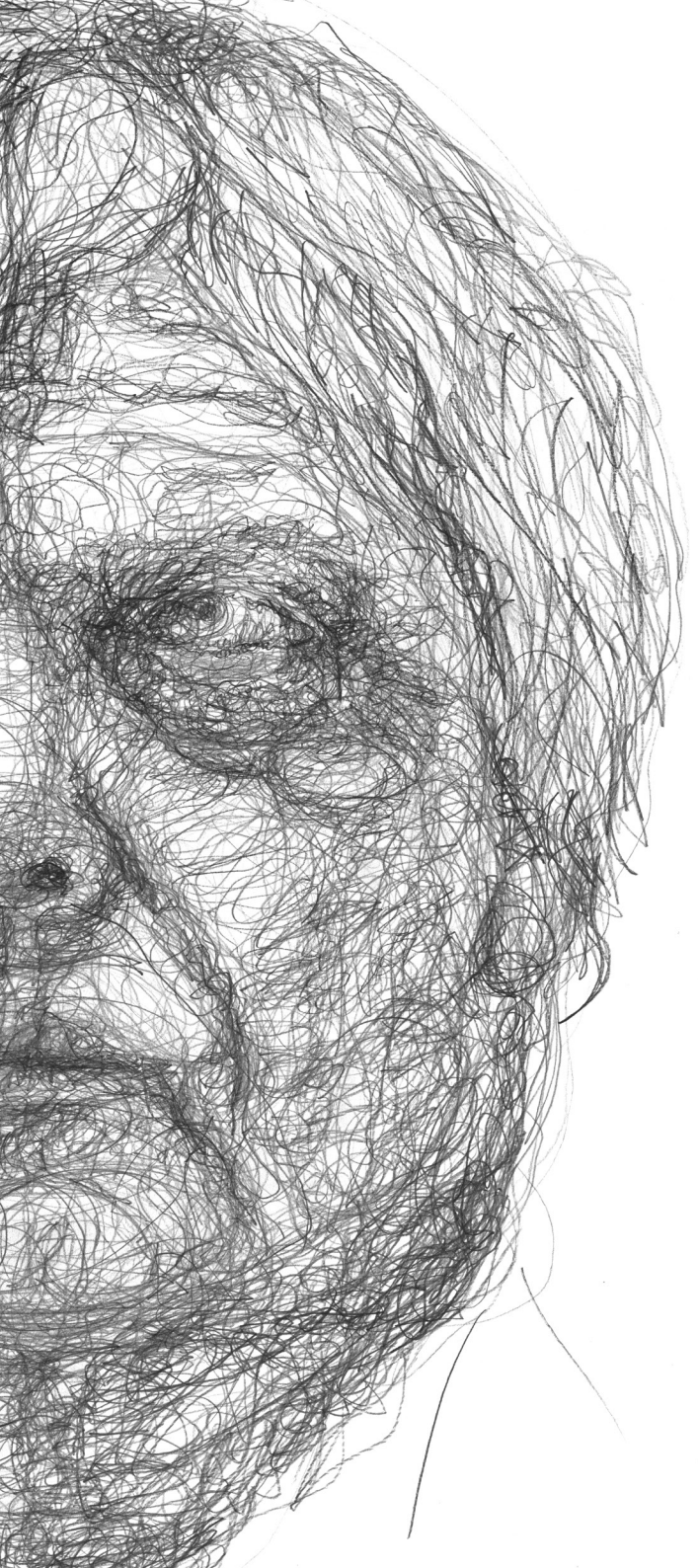
LA SUERTE DE OMENSETTER



WILLIAM H. GASS

LA SUERTE DE OMENSETTER

Traducción de Ce Santiago

LA NAVAJA

Título original: *Omensetter's Luck*
Primera edición: septiembre, 2019

© del texto: William H. Gass, 1966
© de la traducción: Ce Santiago, 2019
© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S.L., 2019

Ilustración de cubierta: Alejandra Acosta

Publicado por La Navaja Suiza Editores
Editorial Humbert Humbert, S.L.
Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID
http://www.lanavajasuizaeditores.com

Impresión: Gráficas la Paz
Impreso en España – Printed in Spain
ISBN: 978-84-120089-2-0
Depósito legal: M-25355-2019
IBIC: FA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

ÍNDICE

LA PRESENTE EDICIÓN 11

LA SUERTE DE OMENSETTER

El triunfo de Israbestis Tott 17

El amor y la pena de Henry Pimber

1 55

2 66

3 80

4 91

El reverendo Jethro Furber cambia de parecer

1 111

2 217

3 222

4 271

5 285

6 300

7 307

8 328

9 337

10 362

11 376

12 397

Apostilla 401

QUÉ VOY A DECIR YO, por Ce Santiago 417

LA PRESENTE EDICIÓN

El lector encontrará en el texto usos infrecuentes de ciertos rasgos tipográficos (puntuación, rayas, cursivas), así como un uso de las mayúsculas no ajustado a la norma. Hemos considerado que estas características «heterodoxas» del texto son indispensables para tener un contacto más fiel con el estilo del autor y lograr una mejor comprensión de la obra, de ahí que hayamos decidido mantenerlas en la medida de lo posible.

LA SUERTE DE OMENSETTER

Por, para y a causa de
MARY PAT

EL TRIUNFO DE ISRABESTIS TOTT

Bien, amigos, hoy vamos a subastar los objetos de la señora Pimber. Creo que todos conocíais a la señora Pimber y sabéis que tenía algunos objetos bastante bonitos. Esta va a ser una venta buena de verdad y hace para ello un día bueno de verdad. Aun así, puede que haga calor, más tarde, de ahí que queramos que las cosas marchen a buen ritmo. Y ahora voy a empezar la venta con los objetos de aquí atrás junto al granero. Ya habéis tenido ocasión de echarle un ojo a todo así que vamos a pujar ya mismo por estos estupendos objetos y a hacer que las cosas marchen a buen ritmo. La venta es como siempre en efectivo y dentro está la señora Grady para encargarse de ello. Las damas de la Iglesia metodista tendrán la bondad de brindarnos el almuerzo. Podéis ver sus mesas allá en frente en la parcela de la señora Root y me consta que queréis servir a todas estas damas lo mismo que ellas van a serviros a vosotros. Sé que va a salir todo estupendamente. Muy bien, voy a empezar la venta aquí atrás de manera que, si me seguís, amigos, nos pondremos manos a la obra.

Era su primera excursión. Llevaba varias semanas tambaleándose por el jardín pese a la hierba alta, y tres meses practicando en su cuarto y en el salón y por los pasillos, pero

ahora iba a ponerse de verdad a prueba. Había dicho que al verano lo vería caer y eso hizo. La hierba estaba quemada. En los algodoneros había motas de amarillo. La maleza estaba marchita y desde hacía mucho espigada. ¿Dónde estaban todos sus amigos?

Antes salía por la mañana calle abajo y estaban todos levantados y a todos conocía. Podía oír tañer el yunque y entre los tañidos la voz apacible de Mat cantándole a los caballos. Uno podía gritar desde una punta del pueblo a la otra y que le oyeran. Y por la mañana Mat era como una campana.

Israbestis se frotó la mejilla. ¿Quién era el hombre de los dientes de oro?

Estaba desfasado. Solía parar en casa de Mossteller. Mossteller era un tipo callado pero le encantaba contar chistes. De camino solía parar en casa de Lloyd Cate. Lloyd ponía un pie encima del fogón y decía que se había empachado y aunque estuviesen en mayo juraba que hacía frío. Él y Lloyd hablaban hasta que el tren a Gilean silbaba. Cuando el silbato sonaba por segunda vez, Lloyd bajaba el pie y ambos iban y se plantaban delante de la tienda y se desperezaban. Bueno, decía Lloyd, tengo que ponerme a ello. Israbestis sacudía comprensivo la cabeza y se encaminaba a la estación.

Pasaba gente con impaciencia en torno a él. Caminaban muy rápido. Una multitud se estaba reuniendo junto al granero. Tenía la pintura muy descascarillada. El tejado se combaba hacia un espino. Ahí dentro cogí yo un milano, dijo. El portón colgaba de un gozne. Las ventanas estaban rotas y la oscuridad dentada. Sin embargo, la casa era cuadrada y firme, por todas partes hermosa, sin una grieta, cada ladrillo hecho a mano y colocado por un maestro. El sonido de la multitud

aumentaba a medida que se aproximaba despacio. Por toda la fachada había ventanas altas y estrechas en las que Lucy Pimber colocaba las velas mientras la nieve caía sobre el coro de villancicos.

Sam levantó la mano y miró por entre los dedos que le faltaban. Todos rieron. La gente avanzaba lentamente entre las sillas y sofás en la hierba o se sentaba en mecedoras y hablaba o se recostaba en divanes y hablaba, haciendo visera con la mano. Manoseaban los jarrones, toqueteaban cucharas de plata, alisaban colchas acolchadas a mano. A la sombra del porche las mujeres se apiñaban entre mesitas de tapete verde con torres ladeadas de tazas de porcelana, coloridos vasos de cristal granulado y platos decorados. En la parte trasera, junto al granero, los hombres formaban parejas serias para fumar, valorar utensilios pesados y reflexionar. A un costado de la casa bajo las farolas, los niños pequeños se sentaban y enredaban con los cordones de los zapatos. Sam Peach chilló, se miró los dedos ausentes y escupió. Todos rieron, y entre los dedos que le faltaban sostuvo en alto un ovillo de bramante y con la mano llena de dedos un viejo serrucho fino, una soga, un felpudo de goma, un bote de cal; mientras que en unas butacas de respaldo alto, bajo la sombra desperdigada de varios olmos medio muertos, ancianas y bastones se apoyaban unas en otros y sacudían la cabeza. Una lástima, decían. Una lástima. Una lástima.

Como mujer no es gran cosa. Ruin, flaca y callada. Amiga de Samantha. Él se excusó al tropezar.

Vi cómo levantaron esta casa, dijo Israbestis. La primera de la calle.

¿De verdad?

Vi cavar el sótano y cómo pusieron el primer ladrillo. Estuve en esta casa el mismo día en que Bob Stout, el que la construyó, se cayó del campanario metodista.

¿De verdad?

Se cayó encima de la verja de hierro que la rodeaba. Parson Peach, que por entonces acababa de llegar, no, no, fue mucho antes que eso, fue el día en que Huffley, Huffley era albañil, ocupó el puesto de Furber, sea como fuere, Huffley hizo que echaran abajo la verja.

¿De verdad?

Lo de la verja fue curioso porque…

¿Lutie Root? El terreno al otro lado de la calle era suyo. ¿No la incluyó su marido en un trueque por una bandada de gansos? Sí. Tenía su historia. No. Esa no era Lutie Root. Ella tenía una mirada de lo más gélida, igual de gélida que la de su padre, como roca translúcida. Ella nos dejó en invierno. Lo había olvidado. También la mirada gélida, cada vez más pálida hasta que se apagó. ¿Quiénes eran todas aquellas personas?

Sam Peach sostuvo en alto un juego de moldes para gelatina, un trozo de mosquitera, una taza que aseguró era de peltre pero no lo era, una caja de tornillos, un rastrillo, cuerda en un nudo de ocho enredado. Sam se enjugó la cara con una tela manchada que se anudó al cuello y con la cabeza asintió a la multitud. Exclamó que menudo calor hacía, comentó lo duro que trabajaba, el estado en que se encontraba un escurridor de ropa hecho de madera. Tenía la cara roja de gritar y de agitar los brazos y mientras hablaba se cambiaba con la lengua el tabaco de un carrillo al otro y al escupir dejó en la tierra una mancha amplia y fluyente. Sam sonrió con sus dientes marrón oscuro. Señaló una tara. Se abrió de brazos. Meneó la nariz

con inofensiva honestidad. Dijo que para qué iba a usar una escuadra torcida si ya tenía una, y dijo cuánto le traían a la memoria los dedos que le faltaban el día en que se los rebajó, y que por un dólar más había vendido también el serrucho. Todos rieron y pujaron. Sam se tocó apenas el ala ancha del sombrero. Pestañeó, y las afables arrugas junto a sus ojos se retrajeron. Su esposa anotó la venta. Ambos avanzaron y con ellos avanzaron la multitud y la risa de todos.

No conozco a ese tipo, pensó Israbestis.

Vi cómo levantaron esta casa, dijo Israbestis. La primera de la calle.

¿Oh?

Vaya si se construía en aquellos días…

El verano había sido caluroso. La tierra estaba dura. El camino estaba polvoriento. Los coches habían circulado por el camino y levantado polvo. El polvo se había depositado en la hierba junto al camino volviéndola gris. Los niños habían escrito sus nombres en la parte superior de los tocadores. ¿Nadie iba a estrecharle la mano?

Una buena subasta, dijo Israbestis.

Un montón de cacharros.

Oh, no, no…

Pensaba que conocía al tipo del puro negro. Por dios lo que se parecía a Hog Bellman. Israbestis notó que se le revolvía el estómago. Gases. Unos italianos, había oído, la habían comprado. Era una casa bien grande. Por algún motivo había olvidado que había italianos. En aquellos días no había muchos. A veces venían para reparar las vías del tren. ¿O eran mexicanos? ¿Sicilianos? ¿Qué diferencia había? A los italianos siempre les pareció que esto quedaba muy lejos. Por

supuesto que había italianos. Cada vez más. Y ahora en esta casa que una vez fue un resplandor de luces.

¿Ha visto a la señorita Elsie Todd?

¿A quién?

¿Quizás a McCormick o a Fayfield? Antes venían mucho.

Hog Bellman. Con sombrero de copa blanco. Dios mío. Cazando en los marjales en época de crecidas. Mat haciéndolos callar. Ni un pájaro pero sí el discurrir del agua. Hog Bellman. Dios mío. Ahí está el alguacil. Bien.

Te manejas bastante bien, dijo Israbestis.

No me manejo mal. Vengo a todas. No falto a ninguna. Llueva o truene. Nunca falto. Ya no veo mucho a nadie. Hacía mucho que no te veía, Tott, ¿has estado enfermo?

He estado bien. Bien, sin más.

Unos *macarroni* compraron esta casa. Van a tirarla abajo. No tengo trato con ellos. Son gente problemática. Venían al pueblo por las noches a crear problemas. Me ocupé de ellos de inmediato. Cuando yo era alguacil la cosa estaba tranquila y el calabozo lleno. ¿Lees los periódicos?

Pero esta casa la construyó Bob Stout.

Recuerdo la vez que estaban arreglando el puente allá en Windham. Había un puñado de ellos –mano de obra tirada y demás pero yo siempre dije que ellos también eran unos tirados, igual que los mexicanos– y había un puñado de ellos que eran grandes. Grandes y tiznados del trabajar al sol, como los negros. Algunos de ellos hasta eran negros, creo. Sí. En este pueblo no hubo ningún negro hasta hoy.

Estaba Flack.

¿Quién?

Jefferson Flack.

En cuanto el sol se ponía ya estaban a ello. Llegaban a carretadas.

Yo estaba aquí, vivía aquí por entonces.

¿Tú? Pues claro que sí. Bueno, pues solían llegar apilados igual que leña en aquellas carretas suyas y cuando bajaban las traseras era como dejar caer una carga de leña.

Saltaban de las carretas en cuanto llegaban al límite del pueblo. Había uno que…

Se desparramaban todos a la vez. ¡Ja! ¡Bien grandes que eran!

Bien grandes, pensó Israbestis. Grande solo había uno. Él y su tremendo yii-jaa. ¿Quién era ese al que siempre llamaban pobre Brackett Omensetter… ese tremendo, yii-jaa? A veces las paredes del cuarto de Israbestis se cerraban por los rincones igual que un libro y no le permitían recordar. Ahora el sol lo forzaba a bajar los ojos. No había nada que ver a sus pies. Podría haber estado Jethro Furber, pero no era el caso. Yii-jaa.

No parece que estés en condiciones, Tott. ¿Has estado enfermo?

Ni un solo día.

¿Has visto a Cate?

Ah, no. ¿Todavía sigue…?

Lo vi en la granja. Una lástima. Una lástima. Está fatal. Muy viejo, ya sabes. Muy viejo. Con tembleques malos. Tuvo tembleques todo el tiempo que anduve por allí. Terrible. No le queda mucho. Tuve una perra que nada más parir hacía lo mismo. Le rebotaba la mandíbula y le castañeteaban los dientes, sin parar…

Viejo estúpido y soso, pensó Israbestis, no tiene talento. Me conozco esas historias. La mayoría son mías, mi boca le dio forma a cada una de ellas, pero no me quedan dientes con los que volver a masticar mi larga y dulce juventud. Años atrás un hombre lacónico, y *sheriff* después de que Curt Chamlay hiciera enfadar a su placa en la maleza nevada, el tipo no se daba un respiro ni a sí mismo ni a la vejez, sino que abrevaba con palabras a cuantos conocía, al tuntún, como hacía el propio Israbestis, tenía miedo. ¿Larga? ¿Dulce? El calor… era por el calor. Se habían acercado al tren para recibir al reverendo Jethro Furber: Samantha, Henry, Lucy Pimber, ambos Spinks, Gladys Chamlay, otros, Rosa Knox y Valient Hatstat. Hubo trifulcas por aquello, oh, dios, vaya una riña ingeniosa. Bueno, ahora ya no sudaba tanto como antes, algo es algo. El vapor de la locomotora parecía emanar del suelo. Pulcro, recordaba haber pensado cuando Furber se apeó, y después el brazo del reverendo se alargó y le mordió. Cómo está usted. Suponía que se retrajo. Pulcro. Pulcro, rígido, planchado, negro, ardiente. El reverendo agarró a Henry, Henry balbuceaba. Las ruedas de la locomotora chirriaron, el vapor presagió los vagones y con torpeza todos retrocedieron hacia la estación, Furber hacía briosas reverencias. Es enano, pero si es *enano,* susurró Samantha, y de repente su nuevo pastor entró corriendo a la estación en la que, a través de la ventana, lo vieron subir las escaleras.

… bueno, tú nunca te casaste, ¿cierto? Ja. Bueno, he oído que tienes una pensión, y esa casa. Nosotros los hombres nos morimos por lo general antes que nuestras mujeres. No te tienes que preocupar por eso. Aunque está Samantha, ¿no es así? Bueno, tienes esa pensión y esa casa.

Sí.

Lloyd tenía tembleques.

Se sentaban en el bote y pescaban en el río. Los árboles colgaban por encima sombreando las riberas. A la deriva entraban y salían de la sombra, trazando remolinos con el río, observando cómo flotaba el corcho, sus sombreros anchos ladeados, sombreándoles los ojos. Hacía un fresco agradable en las zonas de sombra donde las raíces de los sauces y las hayas se arrimaban musgosas al margen del río, y junto al bote el agua era negra. Se quedaban atrapados en un meandro del río, el agua quieta y negra junto al bote, hasta que Lloyd alargaba un brazo y tiraba de una rama y el bote se deslizaba de nuevo hacia el sol donde el agua destellaba y golpeaba con suavidad contra el casco. Hacía calor y se estaba a gusto y no había muchos peces, tan solo la lenta y calma deriva por el río ajedrezado.

Prudente Lacy. Lo había olvidado casi. Ford y Jasper y Willie Amsterdam. La mayoría de la gente no estaba al tanto de aquello. Prudente debía rondar los sesenta por entonces. Se peleó con los hombres de Morgan. El fuego era un milano gigante que volaba hacia el río. Prudente Lacy. Lo había olvidado casi. Tenía culo de mono.

Como pescar, dijo Israbestis Tott.

Por el estilo.

Pescar es divertido.

Me gusta más montar en trineo.

Montar en trineo también es divertido.

Eres bastante viejo. ¿Cuántos años tienes?

Soy bastante viejo.

Seguro. A qué te dedicas ahora que eres tan viejo.

Una vez fui jefe de correos.

Venga ya.

Lo fui. Fui el jefe de correos de todo este pueblo. Todo el trabajo para mí solo. Yo lo hacía todo.

Ahora no eres jefe de correos.

No. Una vez lo fui. Lo era.

Mi padre dice que soy la persona más atareada que ha visto jamás.

Seguro que sí. ¿A qué te dedicas?

Vivo en un árbol.

¿Qué clase de árbol?

Un árbol alto. Sube y sube por los aires y se puede ver con claridad hasta Columbus.

Eso es mucho subir.

Oh, es que es altísimo. Trescientos metros. Bueno, adiós.

El chico había saltado por encima de un banco. En él estaba el trasero de Henry Pimber. Israbestis lo consideró; sacudió la cabeza. El sol, además… no hay sombra en ningún sitio. Podría haberle contado al chico la historia del hombre que se hizo pedazos, le habría gustado; o la historia de la verja alta de hierro. La empezaría, poco a poco, y entonces el chico diría:

¿Y para qué iban a querer una verja, al fin y al cabo?

Y entonces él diría:

Era el tipo de verja en la que un buen palo formaría un buen escándalo si lo pasaras por encima.

Oh.

Ese era el tipo de verjas que querían, una alta de hierro con largas piquetas afiladas muy juntas que con un palo

resonarían fuerte y espléndidas. Pero no todo el mundo quería una verja así como así.

¿Por qué no?

Bueno, algunos pensaban que no estaría mal tener una verja con ciervos dentro o árboles, como esa que había antes cerca de la casa de Whittacker, el enterrador.

Yo no pienso mucho en eso.

Tampoco yo lo hacía nunca, pensó Israbestis. Nunca lo hacía. Y todos los chicos eran iguales. Plop. En fin. Hasta mis propias orejas están agotadas.

Había hileras de sillas de respaldo recto y mecedoras, de sillas de cocina y butacones, ambas pintadas y tapizadas, hileras de antiguos abrazos vacíos. Todos quieren uno nuevo, dijo. Entonces vio dónde podía sentarse: en la pendiente de la puerta del sótano. Acumulaba un montón de verduras y de fruta y de objetos, la señora Pimber. Cada año. Pero yo querría para mí una casa que contuviera algo más que tan solo mis débiles pisadas pedigüeñas. Querría algunos rincones que otras gentes hubiesen calentado. Me sentaría en mi silla en la quietud junto a la ventana, y contemplaría cómo purpurea el aire, los sombreros perezosos y los caballos, y recordaría… bueno, las épocas familiares, el recorrido de la sangre por la casa, igual que, ya sabes, me recorre a mí mientras estoy aquí de pie. Para eso no estoy demasiado viejo. Tal vez tendría que haber pedido disculpas por sus dientes. Las mangas de ese hombre eran demasiado largas, les hacía falta un elástico. Había días buenos no obstante, días en los que recordaba sobre todo las tiendas de comestibles. Una abeja voló junto a su rostro. Omensetter era un hombre ancho y feliz. Un hecho. Al menos eso lo tenía claro. Y por las mañanas Mat era

como una campana. Pero al final Mat se había desvanecido igual que un sonido. Vale, vale, deja que… me calme… El sol le resbalaba por la espalda, y por un momento le pareció que nadaba, ese momento de fresco y verde descenso una vez has saltado. Cerró los ojos, pero los párpados le llamearon. Furber tampoco escuchaba nunca. Él declamaba. Tott suspiró. Uno perdía peso nadando. ¿Ese era el motivo por el cual le encantaba el olor de las tiendas de comestibles, y todos esos cajones? Era la suerte de Omensetter. Probablemente. Perder la pesadez de la vida. Ese tipo, Furber, por ejemplo, no era más que huesos, huesos que hasta se podrían haber envuelto en un pañuelo. ¡Y sin embargo pesaba una tonelada! ¿No era así, por todos los santos? ¡Una tonelada!

Bien, amigos, aquí tenemos cuatro camas estupendas y las vamos a vender todas. Niños, no saltéis en las camas. Son unas camas estupendas y hasta los somieres y los colchones vienen incluidos. Se nota el buen estado en el que están. De primera categoría. He aquí vuestra oportunidad de haceros con una cama buena de verdad. A ver, ¿todo el mundo me oye? Hay demasiada cháchara, señoras, por favor. Muy bien, estupendo. Igual podríamos empezar por aquí mismo e ir siguiendo la fila. Esta de aquí es de cerezo macizo, ¡y anda que no es una preciosidad! Tened, palpad el colchón. Está como nueva. Pero tiene muchísimo uso. Claro, que si no queréis usar ni el somier y ni el colchón que incluye, no tenéis por qué. Le podéis poner encima lo que queráis. Fijaos qué madera. Bien, qué me decís de empezar con este armazón de cama de cerezo y este estupendo somier con su buen colchón. ¿He oído veinticinco?

El regocijo era continuo.

No hables con viejos verdes.

Henry Pimber había yacido en aquella cama con el tétanos, y el reverendo Jethro Furber había plantado suplicantes en torno a ella igual que un seto, y más tarde Israbestis lo siguió hasta el piso de abajo, el pastor maldecía la naturaleza, al hombre y a Dios en cada peldaño.

Israbestis movió los pies con esfuerzo. Estaba cansado y agarrotado. Se abrió camino despacio hacia la parte trasera de la casa por entre la multitud ahora deshecha como una camisa raída y ahuecó la mano para beber agua de un grifo exterior, enjuagándose el polvo de la boca. Escupió y observó la bola de su escupitajo sobre el polvo bajo las caléndulas agostadas. En la deshilachada linde de la multitud el alguacil hacía gestos a un hombre que Israbestis no conocía. El alguacil mostró su placa. El hombre se estiró para ver a Sam Peach. El alguacil le tocó el brazo al hombre. El hombre se apartó, volviendo la cara, estirándose para ver a Sam Peach. La placa del alguacil brilló. Israbestis contó bolas de escupitajo y sumó, con dificultad, tres. Ahora su habitación oscura parecía fresca y sosegadamente limitante. Podías imaginar mapas en el empapelado. Las rosas se habían descolorido hasta formar difusas conchas rosadas. Solo unas pocas líneas plateadas a lo largo de los tallos desvaídos y los nervios de las hojas, parches indistintos del verde más pálido, permanecían, la vaga sugerencia de una misteriosa geografía. Un manchón de grasa era un marjal, una montaña o un tesoro. Los días fríos Israbestis descendía en bote por una grieta, bajo las ramas de los árboles, agachando la cabeza. Pescaba en un pegote de yeso. Las percas ascendían hasta el cebo y eran doradas en las aguas al sol. Las motitas representaban

ciudades; las marcas de lápiz eran puentes; las manchas y los patrones de la persiana trazaban campos de trigo y avena y maíz. En la penumbra de un rincón la grieta fluía hacia un gran mar. En el papel había un rasgón que era exactamente igual que la vía del tren y otro que indicaba un grupo de colinas. Varias gotas diminutas de tinta formaban una cadena de lagos. En el borde del techo una cenefa más oscura de frontones griegos y hiedra entrelazada impedía la invasión de las tribus de Gog y Magog. En una ocasión la traspasó y se internó en el techo pero se sintió mareado y atemorizado. Las sombras hacían movimientos quijotescos a lo largo de toda la pared, generalmente de izquierda a derecha en bandas altas y delgadas, y se hundían tras un buró o debajo de la cama o desaparecían de repente en un rincón.

Echado allí contemplando la pared en la penumbra parcial hora tras hora, el dolor surgiendo con la periodicidad de la marea alta y dejando solo un ligero reflujo de alivio al retirarse, Israbestis lamentaba amargamente su falta de formación. Se enviaba a sí mismo de viaje con tal esfuerzo que el sudor le brotaba en la frente y le humedecía las palmas de las manos y el dorso de las orejas. Subía al barco que bajaba las difusas grietas fluviales. Atajaba por las tortuosas junglas mate que designaban las hojas pálidas. A duras penas recorría vastos blancos de desierto y sediento bebía de hoyos embarrados. Los días que pasaba en la pared se consideraba ante todo marino. Conjuraba brillantes imágenes de veleros, verdes marejadas en los confines del océano, los bloques marrones en las embocaduras de ríos y el asombroso oleaje azul y el rastro de espuma de las aguas revueltas. Trepando los obenques, el somier de muelles crujiendo como una cubierta y un casco